

# LAS CIEN PERLAS

**Gabriela Arciniegas**

Y el camino azul se deslizaba, pálido, bajo la luna. Y por este camino caminaba el Silencio tocando su harpa de oro con acordes tan infaliblemente puros que ningún oído los percibía. La princesa, su amada bailaba. Era tan agil que sus movimientos se confundían al pasar de uno a otro, y entonces parecía inmobil como la distancia. Pero más que todo se movía con un ritmo demasiado perfecto para despertar los sentidos que muy pronto dejaban de percibirla. Y entonces había quienes la recordaban y se assombraban preguntándose por qué una gran dama como ella no estaba cubierta de joyas.

El y ella viajaban velozmente. Y así pasaron la barrera del tiempo. Las distancias que ganaban ya no se medían en leguas ni en kilómetros. Y al llegar a un país lo llamaban Presente.

Llegaron un día a un Presente salvaje parecido a la tierra que tú conociste, a la que yo también conocí, a la que nunca más veremos. Sus bosques, selvas, ríos y caminos eran de muchos colores y de mil voces distintas. Pasaron por callecitas cursis, ahuecadas para dejar rodar el sol entre hileras de casas que recordaban a otros Presentes que ya no existían. Hasta que llegaron al palacio del rey.

Este también era transplantado de otra edad, una menos alegre. Al pasar el portal sombrío, también sus rostros se llenaran de sombras y se endurecieron. Eran tan desoladas

las enormes galerías, a pesar de sus mil adornos, estatuas, armaduras, y espejos, que el ruido de sus pasos iba creciendo, así llegaron a la sala del trono, llena de resplandores desespe-  
rados, y sentado en su trono estaba el rey.

Apenas lo vió, el Silencio dijo, "Su Majestad se ve muy angustiada. Yo le ayudaré, y haremos lo que mejor le convenga al Presente."

Porque se veía más que angustiado, y más que otra cosa parecía un trozo de mantequilla en un día caluroso y además temblada y se enflaquecía por instantes.

"Mi reino se me desliza de entre las manos", las dijo. "Mi poder ya ni existe. No me queda más que este miedo que quema como el fuego. No quiero sino la paz."

La novia del Silencio le dijo que le ayudarían y le preguntó qué les daría en cambio.

"Lo que sea. Lo que Uds. quieran. Dinero, piedras preciosas... Tengo todo menos lo que Uds. me han prometido."

Ella miró timidamente al Silencio que dijo, "Mi dulce princesa adora las perlas. Y es que una vez tuvo un collar. Era un collar con cien perlas."

"Lo volverá a tener con mil veces cien, aquí y ahora mismo."

"Las quiero solo una vez," dijo ella, "si las puede ir escogiendo..."

"Como quieras, aunque tu preferida sea del tamaño de mi ciudad y mi reino."

Y con esta promesa se despidieron.

Y el Silencio acarició su harpa dorada y entró la paz. Una quietud maravillosa reinaba en cada casa como la que reina en las casitas blancas de los muertos. Pero mientras tanto la novia del Silencio tomó su propio camino y recogió sus perlas. Aunque las perlas tenían muchos dueños, cada

uno de ellos era como un niño. Recostaban sus mejillas en sus manos suaves y le daban las perlas de todos sus sueños. Cosas del Presente: No había dos parecidas. Pero al enhebrarlas las fué igualando a punta de caricias, y con una de luz completó las noventa y nueve. Y a su alrededor todo menos ella quedó descolorido. Entonces volvieron al palacio del rey. No había cambiado, solo que ahora estaba en tinieblas.

“Venimos por la centésima perla,” le dijeron.

“Ya me robaron todo.”

Ellos no respondieron.

“Que me parta un rayo si me queda algo.”

El eco de las cuatro paredes respondió “Algo”, pero los dos comerciantes no contestaron.

“Asesinos!” gritó el rey, abalanzándose sobre la sombra más cercana. Quiso matar al Silencio pero fué el harpa la que cayó al suelo, de marmol con un estruendo que nadie desde el comienzo de los siglos, las noches, los días o las horas había oído. Porque nadie en ningún Presente desde el comienzo de los días y las noches había escuchado el Silencio.

Fué una disonancia que al extenderse se tiñó de blanco, fué horadando las paredes con diente-cillos de encaje, trepando uno sobre otro sus ármónicos agrios hasta ser torre, hasta descolgarse como una grande y silenciosa nevada de papel el techo, y las vigas como una nieve sucia, hasta que se vió el cielo. Solo se oía el eco de la disonancia, y bajo el eco se desplomó la ciudad y todas las ciudades cayeron, uniéndose a la tierra oscura de donde nunca más se levantaron.

Entonces los viajeros abandonaron este Presente como los habían abandonado a todos, y el camino azul se deslizaba, palido, bajo la luna. Y por éste camino caminaba el Silencio tocando su harpa maravillosa, las notas armonizando con tal pureza que no se oía ni un susurro. Y la princesa, su amada, bailaba. Juntos viajaron velozmente, más que el mensaje de luz de las estrellas, las que aún con sus deslumbrantes aureolas de niebla, aún sumados todos sus destellos, hubieran sido oscuras comparadas con las cien perlas del collar de la princesa.